

Fantástica Salvaje

DAVID DAS TEBRAS



DESDE ILIDDIAM

La hija de la
AYALGA



DESDE ILIDDIAM

La hija de la
AYALGA

DAVID DAS TEBRAS

Del texto: © David das Tebras, 2023

De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2023

Primera edición: noviembre 2023

Colección editorial: Los Mundos del Salvaje 2

Serie: Desde Iliddiam 1

Título

La hija de la ayalga

Ilustración de cubierta: Libertad Delgado

Diseño de mapas: Laura G. Loaisa

Imagen decorativa: rawpixel.com / Freepik

Imagen ouroboros: Freepik

Edición y maquetación: Fran Zabaleta

Editorial

Los Libros del Salvaje

Aldea A Pousa, 3

32816 Celanova (Ourense)

ISBN: 978-84-126209-9-3

Depósito Legal: OU 206-2023

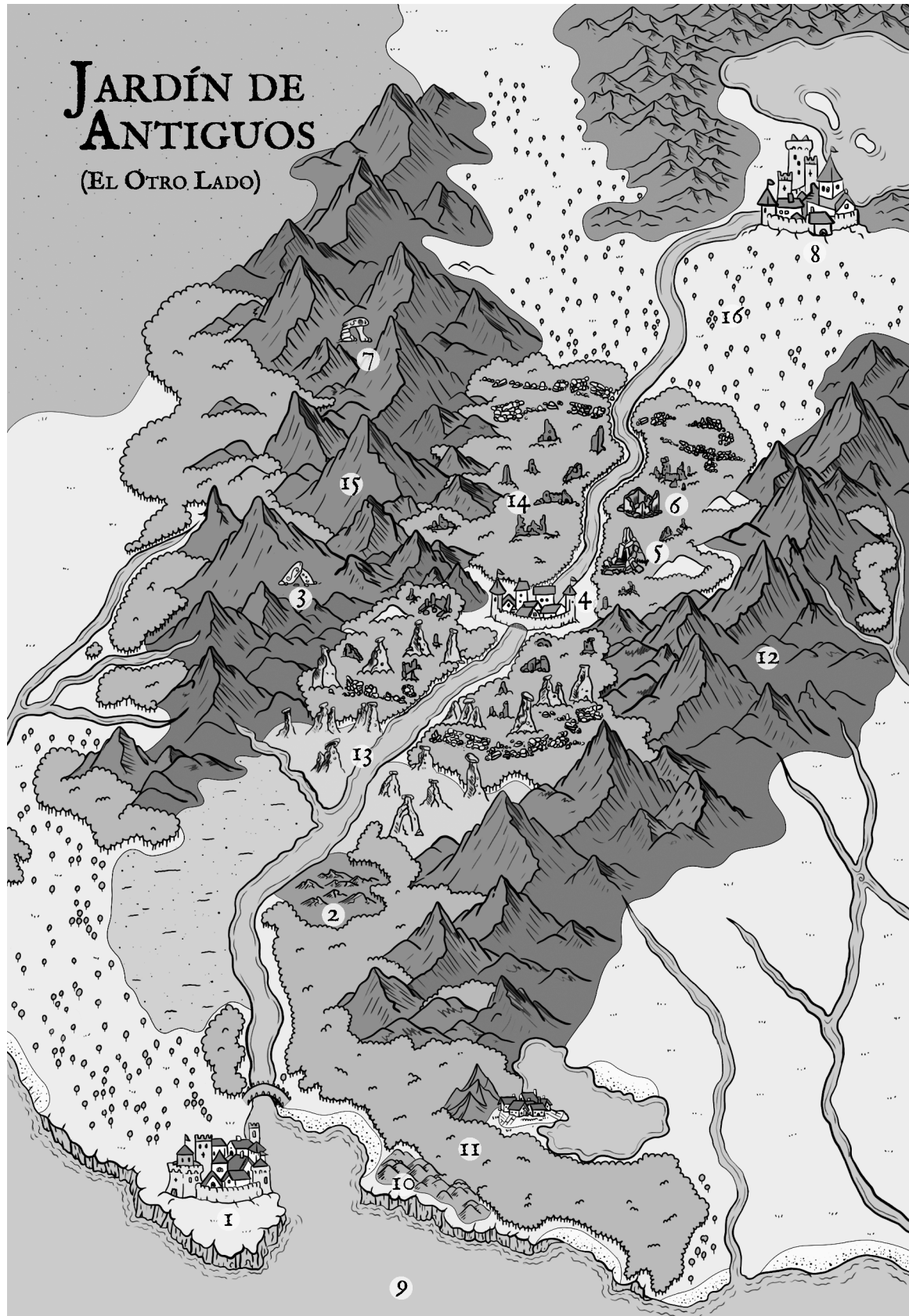
La editorial Los Libros del Salvaje está convencida de que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Repográficos: cedro.org.

*Para Paula y para todos los que, como ella, me animasteis a
dar este primer paso. Os debo mucho.*

- 
1. Ribademinio
 2. Las Colinas Rotas
 3. Gardatebras
 4. Iliddiam
 5. La Serpiente Enroscada
 6. Los Salones de los Trasnos
 7. Ponte Soterrada
 8. Fasgadh A'Tuath
 9. Costa de la Vida
 10. Montes Furados
 11. Foresta das Bestas
 12. Montañas del Antiguo Imperio
 13. Los Huesos de la Tierra
 14. Bosques de la Vieja Iliddiam
 15. Montañas Rojas
 16. Tír Chloinn Arkadaranna

JARDÍN DE ANTIGUOS

(EL OTRO LADO)





PRÓLOGO

ÁINE

Nunca en mi vida había estado tan asustada. El terror no me deja pensar con claridad. Es terrible. Y, sobre todo, es injusto para esta criatura que no va a poder ver siquiera la luz de su primer día.

Corro, me precipito a toda velocidad por la espesura. Zarzas y tojos rasgan mi vestido y mi piel. Sangro, sangro mucho a causa de mis heridas. Las criaturas que me persiguen lo saben, lo huelen, se deleitan por anticipado. Están fuera de control. Estoy perdida.

Los arbustos y las ramas bajas de los árboles me flagelan. No me duele, apenas lo noto. Ya no me importa mi piel, ni siquiera mi belleza, a la que siempre di tanto valor. Solo me importa la criatura que pugna por salir de mí.

Me falta el aire, me estallan los pulmones. El bosque parece infinito, no sé a dónde me dirijo. No puedo pensar con lucidez. Cada vez sangro más. Están justo detrás de mí. Me van a atrapar. Mi hijo va a morir. Voy a morir. Es tan injusto. Las oigo. Están justo detrás de mí.

De repente, pierdo pie. Caigo. El miedo y la repentina sensación de ingravidez se mezclan formando un cóctel explosivo. La cabeza se me va. Me estrello, no sé qué sucede. ¿Qué pasa? Hace mucho frío.

Mi mente se despeja. Es agua. Es agua, no hay aire. He caído a un río, o a una poza, o a una charca. He caído al agua.

Por un momento, un débil rayo de esperanza se abre paso a través de las nubes de tormenta de mi terror. ¿Y si no pudiesen nadar? ¿Y si el agua fuese dañina para ellas?

El rayo de luz desaparece nada más surgir. Una sombra negra, enorme, pasa cerca de mí, casi rozándome. El agua está tan oscura que no puedo verla bien, pero no es un pez. El brillo rojizo de sus ojos me lo deja muy claro.

Mis pulmones gritan, me suplican aire. Braceo. El terror se vuelve insoportable y doy vueltas en el agua, intentando salir. No sé qué es arriba y qué es abajo.

Comienzo a tragar agua. Me asfixio. Me ahogo.

Unas manos me agarran. Tiran de mí. Me sacan del agua.

Es una joven. Es increíblemente hermosa. Hay otra chica detrás de ella, cerca, ambas con el agua por la cintura. También es preciosa. Ambas están desnudas.

Sobre unas rocas localizo las que deben de ser sus ropas. Estoy confundida y mi corazón late muy deprisa, pero no tengo tiempo de tranquilizarme.

—¡Corred! ¡Estamos en peligro! ¡Las criaturas! —les grito, debatiéndome entre sus manos, que son firmes y fuertes.

—Se han ido —me responde la que me sujeta, con voz de miel y una calma infinita.

Me quedo estupefacta. Tardo unos momentos en reaccionar.

Se han ido. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué habrían de irse cuando, de repente, tenían tres succulentas víctimas en lugar de una?

Noto que un líquido empieza a correr entre mis piernas.

Anuncia una nueva vida.

—Tranquilízate, estás herida. Déjame verte —dice la que permanece algo más atrás, adelantándose. Su voz, hipnótica, parece hecha de diamantes.

Entonces todo estalla. El dolor se hallaba en un segundo plano, golpeando muy fuerte contra muros invisibles. Los rompe, pasa al plano principal y reclama toda mi atención.

—¡Ya viene! —me oigo gritar, casi con un graznido, mientras me echo las manos al vientre, incapaz de aguantar más.

—¿Qué? ¿Estás...? —Las dos jóvenes abren mucho los ojos.

Me ayudan a tener a mi bebé allí, en el agua. Todo parece un sueño. Cuando la bendita criatura comienza a llorar, se me llenan los ojos de lágrimas. Mi visión, hasta ese momento desenfocada, se aclara y distingo los hermosos detalles de mi entorno. El oscuro

río, la naturaleza que lo rodea. Mi alegría y mi gratitud potencian la extrema belleza de las mujeres que me han ayudado, que se tornan criaturas mágicas a mis ojos, seres rodeados por un halo de luz.

—Ten, coge a tu hija —me dice una de ellas.

No puedo contener el llanto. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Mi pequeña llora sin cesar, pero ese llanto me hace feliz. Está viva, está bien, y la fuerza de su llanto es la prueba. Poco a poco se tranquiliza.

Estoy agotada. Me fallan las piernas. Las fuerzas que me han mantenido en pie me abandonan. Me deslizo hacia la inconsciencia.



Despierto. Estoy tumbada sobre la tierra negra y húmeda de la orilla con mi hija sobre mí, dormida. De alguna manera, la estaba protegiendo incluso durante mi sueño. A una cierta distancia, las dos jóvenes conversan y ríen, metidas en el agua hasta los hombros. Debe de gustarles mucho bañarse.

Una de ellas, la que me sacó del agua en primer lugar, es una muchacha alegre y risueña, de ojos verdes, piel blanca y con una larga melena de color negro brillante, casi azulado. La otra, la más bajita, también tiene la piel muy clara, pero su melena es larga, ondulada y de un precioso tono rubio rojizo. Sus ojos son azules y parece muy contenta de hablar con su amiga. Mientras lo hace, se sienta en una roca y comienza a peinar sus largos cabellos con un peine de oro.

Las aguas del río siguen frías y oscuras. Transcurren por un profundo cauce rodeado de vegetación. No se ven caminos ni claros que den a este remanso.

En la parte alta de la orilla contraria, enfrente de donde me hallo, mi mente reconoce por fin una forma que se estaba resistiendo a aceptar.

Una enorme criatura reposa allí. Es un ser más negro aún que la tierra de la ribera, con la que se mimetiza. Es una criatura astada. Sus largos cuernos salen de la parte trasera de su cráneo y crecen hacia atrás y después hacia arriba. Tiene los ojos cerrados y dos poderosos brazos acabados en grandes zarpas. Una de ellas reposa en la parte superior de la ribera y la otra está metida en el agua, igual que el extremo de su cola.

Pienso en los cuélebres, las criaturas de la mitología de los montañeses que viven al noreste de esta tierra. Esos míticos seres que viven en cuevas y regatos y que se llevan a las jóvenes para que canten y toquen música para ellos.

Intento incorporarme, pero mis piernas no logran sostener mi peso. Estoy muy débil. Mi agotamiento físico y mental es tan grande que me cuesta sentir miedo. Lo que noto es una especie de resignación apática. No me importa ya mi vida.

Pero está mi hija. Su vida sí me importa. Ahora todo ha cambiado. Debo huir.

Las jóvenes han dejado de hablar. Me están mirando. La criatura ha abierto los ojos. Rojos. Son los ojos que vi bajo el agua. Están clavados en mí.

—¿Dónde crees que podrías ir? No estás en condiciones de ir a ningún lado. —La voz es de fuego y tierra, de aire y agua. Es la voz de los elementos. Es la voz de un dios, terrorífica e hipnótica.

Me quedo inmóvil y me echo a temblar, incapaz de apartar la mirada.

—No le hagas daño —farfullo, llorando, protegiendo el pequeño y cálido cuerpo de mi hija.

—No me interesa la niña. Me interesas tú. Eres una joven muy especial, muy bella y con una voz fuera de lo común —dice la criatura.

Me quedo atónita.

Una de las dos mujeres, la que tiene el cabello de color negro brillante, se acerca y habla con su voz dulce y serena.

—Hemos convencido a nuestro amigo para que no te lleve. Él te desea, pero ha cedido a nuestras súplicas y hemos hecho un trato.

—¿Qué trato? —logro preguntar.

Es la criatura la que responde:

—Llévate a tu hija. Vuelve a tu poblado y cría a la niña. Hazlo bien y saborea cada momento con ella, porque en esta misma noche, dentro de ocho años, debes volver aquí. Entonces te llevaré por el aire y serás mi ayalga.

Me echo a llorar. Es un cuélebre, después de todo. De pequeña, mi madre me contó la historia y el destino de las ayalgas.

La joven de piel clara y melena rubia se acerca a mí y me coge por los hombros.

—No llores. Él te hubiese llevado ahora mismo. Puedes disfrutar de la infancia de tu hija y verla crecer —me dice—. ¿Cómo te llamas?

—Áine —respondo en voz muy baja.

—Áine, cuánta belleza en un nombre. Bello como tú. Yo me llamo Xianna. Voy a ser tu amiga y voy a velar por ti y por tu hija. Sé feliz y ríe para ella.

—Gracias —asiento, muy emocionada, apenas en un susurro.

—Debes venir aquí dentro de ocho años. Sé feliz y ríe hasta ese momento. Tendrás todo el tiempo del mundo para llorar después.



PRIMERA PARTE

Un país sin leyendas se moriría de frío; un pueblo sin mitos está muerto.

George Dumézil



Samain

HAZEL

El sol se estaba poniendo, fundiéndose con el mar, y las maravillosas vistas quitaban el aliento. Llevaba años disfrutando de este paisaje y me seguía pareciendo tan hermoso que, a veces, cuando el sol alcanzaba el horizonte, la belleza del momento me emocionaba.

Desde donde me encontraba, subida en unas rocas, a poco más de cincuenta pasos de las murallas del castro en el que vivía, las vistas abarcaban toda la ría.

El mar estaba tranquilo y sus olas acariciaban el interminable arenal que se prolongaba a mi derecha, hacia el norte. La enorme playa terminaba muy lejos, en un pequeño monte en el que había un círculo de piedras antiguas.

Me enderecé un poco y estiré los brazos. Me encontraba genial. Miré hacia la izquierda y vi colinas y bosques. La línea de costa seguía y seguía, hasta que los montes se hacían tan altos que la tapaban.

Todo era muy bonito, pero decidí volver a adoptar mi posición preferida. Coloqué los pies en la roca, los codos sobre las rodillas y las manos bajo el mentón. Lo hice para poder contemplar las islas. Eran tres y me parecían enormes y llenas de maravillas. Adoraba esas islas. Me parecían preciosas, mágicas. Tenían montañas y también playas de arena blanca. Dos de ellas estaban tan cerca entre sí que a veces quedaban unidas por un puente de arena. Cuando eso sucedía, se formaba una playa de ensueño.

La sonrisa abandonó un poco mi cara cuando recordé que nunca había logrado disfrutar de esas playas ni pasear por ese ex-

traordinario puente de arena que tanto tiempo pasaba bajo las aguas del mar. Me fijé en la otra isla, la de la izquierda, que no estaba lejos de sus hermanas, pero que se separaba de ellas por el profundo mar. También era bella y especial. De hecho, todas las islas del mar eran, para mi gente, lugares intermedios entre este mundo y el Otro Lado, el mundo de los seres míticos.

Yo soñaba con que, algún día, alguien me llevase a esas islas. Poca gente iba, pues, aunque estaban bastante habitadas y existían dos castros en ellas, ninguno de los pescadores de la costa hacía ese trayecto. El comercio entre las islas y la tierra firme se realizaba cuando ellos venían aquí.

A veces, los que vivían en las islas también comerciaban con los navegantes tartesios y fenicios que llegaban en busca de estaño. Después, a menudo, traían maravillosos objetos de otras tierras a la costa.

Nadie quería llevarme a las islas. Ya se lo había pedido a cuantos tenían una embarcación, pero se habían negado. Era fácil de entender. Yo tenía ocho años, los pescadores no querían correr el riesgo de que me pasase algo. Además, mi madre había dejado muy claro que estaba en contra.

Sí, solo tenía ocho años. Todo el mundo estaba seguro de que algún día me convertiría en una belleza, como mi madre. Había nacido durante una noche de Samaín, la fiesta que marca el final de la cosecha, y nunca había conocido a mi padre.

Era hora de irme. Me estiré, preparándome para levantarme. Era mi cumpleaños y todo el mundo me había felicitado y había jugado conmigo. La gente del castro me quería mucho.

Me levanté, me di la vuelta y comencé a subir la empinada pendiente que me llevaría a mi casa. Mientras lo hacía, cantaba y giraba sobre mí misma con los brazos estirados. A veces, también saltaba de piedra en piedra, transformándolo en un juego.

Llegué a las murallas y atravesé las puertas, que estaban abiertas. Mi madre me había dicho que, de los cerca de treinta castros que había en la zona de la ría, aquel era el más grande y también el más poblado. Cubría casi toda la parte superior del monte. Con la iluminación mágica de la puesta de sol, las casas circulares de piedra gris con sus tejados de paja embreada tenían una apariencia diferente, cálida.

Si fuese un día normal, la gente ya estaría retirándose a sus pequeñas viviendas para cenar y dormir. Pero ese día era especial. Tanto el verano como el año tocaban a su fin. Empezaba el mes de sammonios y, con él, llegaba Samaín.

Era una de las fiestas más importantes que celebraba mi pueblo, la fiesta de la cosecha. Marcaba el fin de un año y el comienzo del siguiente y señalaba, a la vez, el final de la mitad luminosa del año y el comienzo de su mitad oscura.

Estaba muy contenta, pues me encantaban las fiestas; en especial esta y la de Beltanne, que indicaba el comienzo de la mitad luminosa del año. Me fascinaba el hecho de que, en esas dos noches, los mundos se acercaban hasta rozarse. Se decía que, en Samaín y en Beltanne, los seres feéricos podían pasar a este lado y arrastrarte hacia sus tierras.

Era lo que todo el mundo creía. Muchos decían haberlo comprobado, además, en un momento u otro de sus vidas y, aunque siempre había quien se empeñaba en negarlo, yo sí que me lo creía. Además, al contrario que la mayor parte de la gente de mi pueblo, no les tenía miedo a los seres del Otro Lado.

Los adultos hablaban sobre mi inteligencia y mi madurez, pero a mí me gustaba mucho más ilusionarme, descubrir cosas nuevas y estar muy alegre. Mi madre me había dicho que era algo propio de los niños y que era un auténtico tesoro que debía conservar. Tenía intención de hacerle caso. Por lo que a mí respectaba, planeaba seguir viendo las cosas de esa manera durante mucho tiempo. Mi vida era muy feliz y no tenía ninguna prisa por crecer.

Continué caminando por el castro, cuesta arriba, con las impresionantes vistas de la ría a mis espaldas, oliendo la magia en el aire y buscando a mi madre con la vista.

Era una mujer muy guapa y estaba muy orgullosa de tenerla como madre. Siempre se mostraba encantadora y alegre, pero yo notaba que había una enorme pena en su corazón, como un mar de tristeza del que sobresalía una preciosa isla de alegría, que era todo lo que ella quería que yo viese. Pero, a veces, observaba su pena desde lejos, a escondidas.

De repente, la vi. Salía del castro. Recorría un camino que se alejaba del poblado bordeando el monte y atravesando unos bos-

ques a los que solíamos ir a jugar y a recoger hierbas y frutos. «Qué raro. ¿A dónde se dirige?», pensé.

Preocupada, me acerqué hasta la pequeña casa que ambas compartíamos y me metí en ella. No era muy grande, pero para mí era la mejor y la más especial del castro. Siempre la teníamos muy adornada y perfumada con flores. Además, Eoghan, el herrero, había labrado una triple espiral muy bonita sobre la entrada.

Cogí mi capa de lana blanca, que era la que más abrigaba de las dos que tenía, ya que en el exterior comenzaba a hacer frío. Sin embargo, la temperatura dentro de mi hogar era perfecta, debido a que las gruesas paredes de piedra habían absorbido el sol de la tarde. La luz apenas llegaba al interior, pero pude ver que había algo sobre mi cama.

Me acerqué y mi mundo se derrumbó.

Era una verbena, una flor que se usaba para despedirse de alguien sin tener que decírselo en persona.

Salí corriendo de la casa, llorando, lo que llamó la atención de las personas que estaban por allí, que se acercaron a mí.

—¿Qué le ha pasado a mi madre? —les pregunté. Me había agarrado a uno de mis vecinos, pero mis ojos pasaban por todas las personas que me rodeaban. Sus caras me lo decían todo. No tenían ni idea.

—¿Le ha pasado algo a Áine? —preguntó Caeli, una señora ya mayor.

—Hoy parecía triste y abstraída —comentó un hombre joven llamado Euan.

Nadie decía nada útil, así que eché a correr hacia el camino por el que había visto desaparecer a mi madre. Los gritos de mis vecinos, que me llamaron, fueron quedando atrás poco a poco.

Corrí y corrí, con lágrimas en los ojos, pero no la encontraba por ningún lado. Recorrí los lugares en los que jugábamos y los senderos que frecuentábamos juntas. Fui a donde recogíamos hierbas especiales y plantas que se podían usar para cocinar. Mi madre no estaba allí. Fui a los prados en los que recogíamos flores bonitas y jugábamos, y nos tumbábamos a mirar el cielo. Tampoco estaba allí. Fui a todos y cada uno de los lugares especiales que ella y yo compartíamos, esos lugares tan hermosos que se podían encontrar en este maravilloso rincón del mundo.

Pero mi madre no estaba en ellos.

Pasaba el tiempo. No sabía qué hacer y comenzaba a estar agotada. Me di cuenta de que debería haber buscado a Eoghan o a Brayan. Si alguien me iba a apoyar y ayudar, esos eran el herrero del Monte do Castro y su hijo, que siempre había sido mi mejor amigo. Un poco antes había escuchado a lo lejos sus voces, junto a otras. Gritaban mi nombre y el de mi madre.

Sin apenas darme cuenta, el agotamiento y la frustración hicieron que me sentase en una piedra cubierta de musgo. Miré al cielo.

Había salido la luna, mi diosa, la diosa de mi madre. Era una gran luna llena. Todos los meses empezaban con ella. Sentí un escalofrío. La temperatura estaba bajando muy deprisa. Era lo normal. Después de todo, esa noche daba comienzo el mes de sammonios y, con él, llegaba el frío, la muerte, la mitad oscura del año.

Al final, acabé por tranquilizarme un poco y decidí volver al castro. Con un poco de suerte, mi madre habría vuelto a casa por otro camino y todo quedaría en un susto.

A medida que me iba acercando, los sonidos de la fiesta se oían con mayor claridad. Cuando, al girar una esquina, pude ver la población, vi a gente de otras aldeas en los caminos. Iban al castro, a la fiesta. Las grandes hogueras arderían en un descampado cercano a mi casa a media noche. Los sabios ya habían llegado y estaban dando instrucciones para llevar a cabo los preparativos de la celebración. La gente, en el exterior, llevaba madera a las dos grandes hogueras, participaba en la preparación de la festividad o, simplemente, reía y festejaba.

Me acerqué a mi casa, indiferente por primera vez en mi vida a los detalles de la fiesta de la cosecha.



EL GUARDIÁN DE LA MÁMOA

TIMY

El día estaba gris, la costa era verde y la playa poseía una belleza innegable. Era un buen comienzo para las muchas aventuras que tenía intención de vivir en estas tierras, tan lejanas a las mías. Pero primero debía cruzar al Otro Lado.

Sin embargo, la belleza de la playa no era de mi estilo favorito. Era una hermosura triste y melancólica, de una cualidad que se encontraría fuera de lugar en un día soleado de finales de julio o principios de agosto, pero que, en un día como ese, podía mostrar todo su esplendor.

El mar no estaba enfurecido, pero tampoco estaba tranquilo del todo. Las olas azotaban la playa de la misma manera en que un gigante perezoso usaría una fusta, con fuerza pero sin rabia.

Llegamos a la playa y nos quedamos en la orilla un momento. El agua llegaba hasta mi compañera con la fuerza justa como para acariciarla. Ella era una selkie y tenía puesta su piel, por lo que parecía una foca de un agradable gris claro con tenues manchas blancas.

La arena era blanca y gruesa. Estaba tan mezclada con trozos de conchas y otros restos de criaturas marinas que se me clavaba de manera incómoda en las plantas de los pies cuando eché a caminar.

—¡Ay! ¡Aaay! Jobá, igualito que en casa —me quejé.

—No protestes tanto, Timón. Piensa que ya hemos llegado. Llevas todo el viaje quejándote del mar, y ahora que llegas y te libras de él te quejas de la arena.

Estas palabras fueron pronunciadas por una voz que acariciaba suavemente y levantaba el vello, provocando un agradable

escalofrió. Mi compañera se había quitado la piel de foca y ahora parecía una mujer joven y muy atractiva. Su cuerpo desnudo habría hecho perder la cabeza a cualquiera. A mí no me dejaba indiferente, sin ir más lejos. Se agachó, flexionando las rodillas, para recoger su piel de foca. Parecía una prenda de color gris, similar a un abrigo. Se la colgó del antebrazo de manera cómoda y elegante. Comenzó a caminar por la playa con un paso tan liviano que se diría que la mordiente arena no dañaba sus pies. Yo ya había avanzado mucho por la arena, pero ella no tardó en alcanzarme, algo comprensible dado que sus piernas eran mucho más largas que las mías. Además, yo caminaba a saltitos mientras intentaba alisar un poco la tela de mi traje, que se había arrugado durante la travesía.

—¡Ay! No sé cómo lo haces. ¡Ay! ¿Cómo puedes andar tan fácilmente? Te juro que yo soy muy ágil. ¡Ay! Y peso muy poco. Y, sin embargo... ¡Ay!

—Está todo en la mente, en la manera de comprender y enfocar las cosas. Por ejemplo, con una mentalidad adecuada, podrías llegar a disfrutar de estar muchos días seguidos sin comer. Incluso tendría un efecto muy positivo sobre tu cuerpo y tu salud —dijo la joven. Su voz era tan suave y su pronunciación tan calmada que el conjunto resultaba hipnótico.

—¡Vaya! Te agradezco muchísimo el favor que me has hecho al traerme hasta aquí, pero si te vas a poner a decir tonterías como esa mejor no me hables.

La agresiva arena se había suavizado al alejarse del mar. Con un suspiro, comencé a caminar con comodidad sobre ella.

—Timón, no pareces tú mismo. El viaje te ha alterado. Tú siempre eres alegre y positivo. —La joven sonrió mientras me acusaba de manera juguetona con el dedo índice.

Me paré en seco y me giré hacia ella, también con una gran sonrisa en mi rostro. Me quité mi amado sombrero de copa e hice una elaborada reverencia en la que mi torso llegó a estar en ángulo recto con mis piernas.

—Tienes razón, bella Maeve. Me alteran los viajes por mar. Mi grosería ha sido acorde con mi mal humor y te pido disculpas. Estoy en deuda contigo —añadí, de manera teatral.

Lo que más le gustó fue mi graciosa y acrobática reverencia. Rio, divertida, mientras batía palmas de pura alegría. Ni se me pasó

por la cabeza explicarle que había estado dos meses practicando hasta lograr que me saliese perfecta, hubiese estropeado el efecto.

—Esa deuda que dices tener conmigo... La consideraría pagada si me pudieses conseguir algo de ropa.

Asentí sin perder la sonrisa y me giré dándole la espalda al mar. Me erguí en toda mi estatura y me concentré. Maeve soltó una risita. Supongo que yo ofrecía una imagen muy graciosa en esos momentos. Al cabo de un rato, me volví hacia ella.

—Vale, parece que hay un poblado no muy lejos. Voy a ver si encuentro algo de tu talla. Espera aquí. —Pero no me moví. Me quedé un rato pensativo, observando el cuerpo de Maeve mientras me acariciaba el mentón con la mano derecha—. Lo mejor sería que te volvieres a poner eso que llevas en el brazo y te dices un baño. Los hombres son criaturas vulgares y lujuriosas —le dije, intentando ocultar lo mejor posible lo mucho que me excitaba la visión de su cuerpo.

—No te preocupes por eso, estaré a salvo, te lo prometo.

—¡Vale! Pues entonces me voy. Vuelvo pronto.



Un rato más tarde estaba de vuelta en la playa. Había conseguido un vestido y dos zapatos de cuero muy livianos. Maeve me esperaba sentada en unas rocas, embelesada con el sonido del mar y el romper de las olas. La brisa acariciaba su piel y movía su larga melena, negra y brillante. Ya no tenía su piel de foca. Debía haberla escondido. Me acerqué y le di el vestido. Era sencillo, de color castaño claro y sin mangas.

Se mostró satisfecha y, entre risas, se lo probó. Se ajustaba bastante bien a su cuerpo. Entonces se probó los zapatos, que tenían una lengüeta sobre el empeine y dos hileras verticales de agujeros para pasar unas tiras de cuero, lo que permitía cerrarlos y apretarlos. Le quedaban un poco holgados, pero no demasiado.

—Muy bien, Timón. Eres un encanto.

La muchacha estaba muy contenta y se agachó para darme un beso en la mejilla. Noté como se elevaba mi temperatura y se ensanchaba mi sonrisa.

—Ya te he dicho que me llames Timy —le dije.

—De acuerdo... Timy. No se me volverá a olvidar.

Nos pusimos a caminar y atravesamos las dunas de la playa, llenas de matorrales y de plantas que solo se daban en ellas. Pequeños animales huyeron a nuestro paso. No tardamos en salir a un sendero y nos encaminamos hacia el sur.

—¿Por qué has hecho el viaje, Timy? ¿A qué has venido a estas tierras?

—¿Eh? Ah... Pues para explorar, para vivir aventuras. Conozco muy bien mi isla en Tír inna n-Óc. La conozco como la palma de mi mano. Cada río, cada colina —dije, un poco emocionado—. Este lado, sin embargo, lo visito por primera vez. Los humanos la han poblado por completo. La llaman Īwerjū. —Salí de mi ensoñación y miré a los ojos a Maeve—. Es mi amada y hermosísima isla verde, de todas maneras; da igual que esté en este lado, en Tír inna n-Óc, o en cualquiera de los otros mundos que existen.

—¿Y por qué has escogido este lugar para empezar tu aventura?

—A causa de algunas cosas que he aprendido en mi isla. Ahora sé que hay lazos de sangre, de historia y de destino que me unen a esta tierra y a su gente —le expliqué a mi compañera—. Creo que este es el punto de partida ideal para mi aventura. Quiero conocer el resto del mundo desde aquí, pero empezando por nuestro lado, el de los seres míticos, que me parece mucho más divertido.

—Es todo muy interesante, Timy.

—¿Y tú? ¿Cómo es que estás aquí? —le pregunté, lleno de curiosidad.

—He venido a visitar a una vieja amiga a la que hace un año que no veo —respondió Maeve, con gesto triste y mirada soñadora, como si estuviera recordando algo.

—¡Anda! ¿Y vive aquí? ¿En este lado?

—Vive en el umbral entre este y el Otro Lado, el que tú llamas Tír inna n-Óc. Pasa mucho tiempo en los arroyos. Nos solemos encontrar en el cambio entre la estación luminosa y la estación oscura. En la fiesta de Samaín, durante la luna llena del mes de samonios.

—¡Así me gusta! ¡Viviendo al límite! —exclamé, tras soltar una carcajada—. Ahora que caigo, esa noche de la que hablas es hoy. ¡Esta noche es la fiesta de la cosecha!

—Eso es, ándate con ojo. Los mundos se van a solapar. El velo que los separa apenas existirá durante esta noche.

—No te preocupes, me viene genial.

—¿Y eso? —preguntó Maeve, riendo.

—Porque este lado es más soso. El otro está lleno de maravillas. Quiero cambiar de mundo para empezar a explorar estas tierras. Después tendré tiempo de sobra para volver a este lado y visitarlo.

—Mmm..., pues estás de suerte. Me parece recordar que en la cima de esa colina de allí hay un dólmen. Aquí los llaman *mámoas* —señaló hacia una alta colina que quedaba a la derecha, al lado del mar. Aún estaba un poco lejos, pero se podía ver que, en su parte superior, muy cerca de un pequeño acantilado, había una especie de montículo.

Caminamos tranquilamente durante un buen rato, charlando. Desde que abandonamos la playa, la costa se había ido transformando poco a poco. Primero se convirtió en una orilla rocosa con algunos parches de arena y pequeñas calas. Después ya solo hubo rocas, cada vez de mayor tamaño, y, tras eso, el terreno comenzó a ganar altura y el límite entre la tierra y el mar había acabado por transformarse en un pequeño acantilado. El día seguía gris y calmado. El murmullo del mar creaba una música tranquila pero poderosa.

En cierto momento apareció un sendero que salía del camino principal y parecía dirigirse a la colina. Me volví hacia mi amiga.

—Nuestros caminos se separan aquí, Maeve. —Le hice una pequeña reverencia como despedida—. Que la Madre te sonría.

—Que la Madre te sonría, Timy, pequeño amigo. Y otra cosa: cuidado con los mouros.

Tras estas palabras, la joven me cogió la cara con ambas manos y me plantó un besazo en la frente. Después continuó por el sendero, ligera y risueña, silbando una bella y triste melodía.

Me interné en el estrecho sendero. La vegetación la tomó conmigo y amenazó con estropear mi buen humor. Las zarzas que se ocultaban entre los helechos invadían el camino y me arañaban los pies. Lo que más me molestaba no era eso, sino que también me estropeaban el traje. No podía permitir que ni una sola de ellas me alcanzase el sombrero. Mientras lo intentaba, comencé a can-

turrar una alegre melodía que me gustaba mucho. Una que trataba de un tunante que le había robado dinero al dueño de un barco y se dirigía a ver a una tal Mollie.

—*A algunos les gusta pescar, a otros les gusta cazar aves...*

Tras perderme dos veces, logré llegar a la colina. Subí por la escarpada pendiente y alcancé la cima.

—*Pero a mí me gusta dormir, especialmente en la habitación de mi Mollie...*

Allí había, en efecto, un antiguo túmulo: una pequeña loma artificial de tierra y piedras que en este lado llamaban *mámoa*. Según se decía, estas antiquísimas construcciones protegían un enterramiento y, a veces, también tesoros. En su día, fueron a la vez tumbas de personas muy importantes y también lugares de culto. A ellas iba la gente a venerar a sus dioses, muy ligados en estas tierras a los elementos de la naturaleza.

En mi isla natal, estos túmulos eran el hogar de los *aes sídhe*, también llamados «la buena gente». Aquí, sin embargo, se decía que estaban habitadas por los primeros pobladores de estas tierras, unos oscuros espíritus subterráneos llamados *mouros*.

—*Pero aquí estoy, en prisión, aquí estoy cargando con bola y cadenas...*

La tarde estaba muy avanzada. Era la luna llena de Samaín: el final de la mitad luminosa del año, el comienzo de su mitad oscura y de un nuevo año.

Descubrí la pequeña entrada de un túnel en una de las paredes del montículo. Estaba flanqueada por todo tipo de rocas.

—*Musha ring, dum-a-doo dum-a-da...*

Me detuve en seco, muy sorprendido, al darme cuenta de que una de las rocas más grandes era, en realidad, un individuo que guardaba la entrada.

Era un ser poderoso, con la piel del color y la textura de la negra y fértil tierra de estos parajes bañados por el mar. Estaba a la sombra, sentado en una piedra, delante del pequeño túnel que se adentraba en la *mámoa*. Tenía el torso desnudo, mostrando una musculatura impresionante. En la parte inferior de su cuerpo parecía llevar una falda corta de cuero y cota de malla. Era la primera vez que veía algo semejante. Del cinturón que ajustaba esta pren-

da colgaba un martillo de buen tamaño que, sin embargo, parecía más una herramienta que un arma.

—*Vaia, vaia*, así que un pequeño trasno obsesionado con el verde ha venido a robarme mis tesoros —saludó el individuo.

Tenía una voz extraña. Daba la impresión de que hubiese salido de una gruta, pues tenía una cualidad resonante, pero resultaba agradable.

—¡Qué bien! ¿Eres uno de esos espíritus subterráneos ancestrales que construyeron los castros? —pregunté, entusiasmado.

—*Son!* —Asintió una vez con la cabeza.

Se levantó y se colocó frente a mí, cruzando los fuertes brazos sobre el pecho. Resultaba impresionante, con su piel casi negra y sus ojos de un intenso color rojo. En cada uno de sus poderosos antebrazos lucía no menos de seis gruesos brazaletes de oro con diseños espirales y geométricos.

Lo observé sin ocultar mi fascinación. No pareció importarle. Tenía el cabello blanco y recogido en una larga trenza. Su espesa barba, blanca también, formaba otras cuatro trenzas sujetas con adornos de oro. Algunos aros de la cota de malla que llevaba sobre la faldita de cuero parecían ser del mismo material.

—¡Madre mía, tienes las manos y los pies muy grandes! —le dije, sin poder contenerme.

Al igual que yo, iba descalzo. Sus manos también eran grandes, además de muy fuertes, como pude ver cuando dejé de cruzar los brazos.

—¡Qué interesante eres! —exclamé, dando saltitos y dudando si acercarme o no a él. Mi curiosidad luchaba en un combate a muerte con mi instinto de supervivencia. La lucha duró poco: mi curiosidad resultó ser un contendiente demasiado formidable.

—*Non dígas parvadas, home!*

El individuo tenía la estatura de un humano adulto, pero su solidez y el volumen de su musculatura le conferían el peso de dos hombres juntos. Yo le llegaba al ombligo y me parecía un gigante.

—¡No tengo ni idea de lo que me has dicho! —exclamé, sin poder contener mis carcajadas, que se mezclaron con la suyas.

Las risas de ambos, entrelazadas, crearon un mágico momento de complicidad que hizo desaparecer la poca tensión que pudiese haber.

—Soy Khan Kshur y esta es mi *mámoa*. *Pertence ao meu clan dende hai vinte xeracions*.

—¡Genial! No he entendido nada, pero seguro que es verdad. ¡Encantado de conocerte, Khan Kshur! Yo soy Timón Barbalumba.

—*Estraño nome*. Pero está bien, pues eres una criatura muy extraña.

—Bueno, tengo que entrar en tu *sidhe*. Quiero pasar a Tír inna n-Óc —le dije, sonriendo y comenzando a avanzar hacia él.

—¿Qué es un *sidhe*? ¿Y qué es esa palabreja tan rara?

—Un *sidhe* es un túmulo como ese que tienes ahí detrás. Y Tír inna n-Óc es como le llamamos en mi tierra al mundo del que procedemos las criaturas míticas como tú y como yo —le expliqué—. ¿Cómo lo llamáis aquí?

—El Otro Lado. Y lo que tengo detrás se llama *mámoa*.

—Bueno, pues entonces quiero entrar en tu *mámoa* para pasar al Otro Lado.

—*Non vas pasar, non* —negó Khan Kshur, tras lo que volvió a cruzar los brazos. Sonrió con naturalidad, muy seguro de sí mismo.

—¿Qué? —pregunté, abatido pero sin perder la sonrisa.

—Que no puedes pasar.

—Venga, hombre, que si no me dejas pasar voy a tener que buscar otro *sidhe* y no conozco estas tierras.

—Si entras en mi *mámoa*, lo haces en la *mourindade*. A poca gente le está permitido pasear por nuestros salones. Pero se me ocurre algo: *quieres facer un trato?*

—Eso último no lo he entendido.

—Digo que si quieres hacer un trato conmigo.

—¡Claro! —exclamé, esperanzado.

—¿Tienes cerveza? —Khan Kshur se relamió y sus ojos brillaron con un rojo más intenso.

—Noooooo —lloriqueé.

—Pues no puedes pasar.

Con una sonrisa, el guardián de la *mámoa* dio un paso atrás, esquivando los últimos rayos de luz de la tarde, y se introdujo por el pequeño túnel. Un momento después, una gran piedra bloqueaba la entrada. Daba la impresión de que siempre hubiese estado ahí.



LOS SERES DEL OTRO LADO

HAZEL

Al acercarme a mi casa, agotada tras la infructuosa búsqueda de mi madre, descubrí a un niño al que no conocía espiando la celebración de Samaín desde detrás de unos troncos. Estaba de espaldas e iba vestido de una manera muy extraña. Llevaba un saquito de piel a la espalda, sujeto a cada hombro con un asa, pero lo que más me llamó la atención fue un objeto que llevaba colgado de la cintura, metido en una funda de piel. Parecía de hierro, brillaba mucho y no se parecía a nada que hubiese visto nunca. A su lado colgaba un pequeño martillo.

—¿Quién eres? —le pregunté, aún con lágrimas en los ojos.

Se volvió. Descubrí que, a pesar de su tamaño, no era un niño. Era un hombre muy pequeñito, con el rostro bastante arrugado y cara de sorpresa. Su expresión era, sin embargo, alegre y juvenil. Una enorme sonrisa se dibujó en su boca.

—Hooooola, preciosa. Me llamo Timy. ¿Cómo te llamas tú?

—Yo me llamo Hazel.

Hablaba de una manera un poquito rara, con un acento muy marcado y cambiando un poco las palabras. Era algo más bajito que yo. Llevaba muchísima ropa, toda de color verde. Llevaba incluso un gorro extrañísimo. Muy bonito. Enorme. Sin embargo, iba descalzo.

—Pero qué nombre tan bonito —exclamó de una manera muy graciosa—. ¿Me podrías ayudar?

—¿Ayudarte? —pregunté, muy sorprendida—. No, no puedo. Estoy buscando a mi madre.

—Tú me ayudas a mí y yo te ayudo a ti. —Agrandó la sonrisa y guiñó un ojo.

—¿Cómo te puedo ayudar?

—Tenemos que conseguir bastante cerveza en un recipiente que podamos transportar.

—¿Cerveza? ¿Y si te la consigo me ayudarás a encontrar a mi madre?

—¡Prometido! —exclamó, y su sonrisa se hizo aún más grande.

Me lo pensé un momento y después me dirigí a la celebración. Nadie me hizo caso. Todo el mundo estaba entretenido con algo: charlaban a gritos, bailaban o hacían cosas relacionadas con la fiesta. En ese momento, unos hombres estaban prendiendo las dos enormes hogueras. Por lo que yo sabía, una de sus funciones era ahuyentar a los malos espíritus. Pasé cerca de un grupo de jóvenes que se habían puesto unas máscaras terribles y estaban lanzados a un frenético baile. Avanzada la noche, se iban a dedicar a molestar a la gente hasta que les diesen una fruta, una jarra de cerveza o algo así. Mientras los esquivaba, recordé que ese baile servía para ahuyentar a los espíritus de los muertos, que echaban de menos las sensaciones de la vida y querían arrancar las almas de las personas para llevárselas con ellos.

Las hogueras ardían cada vez con más fuerza. Estaba empezando a notar un poco el calor. Pronto se haría intenso y, más tarde, cuando el fuego ardiese con todo su vigor, la gente tendría que alejarse bastante de ellas. Pero aún no era ese momento y pude pasar muy cerca.

Noté cómo mi piel empezaba a perlarse con pequeñas gotas de sudor. La gente arrojaba figuras de madera al fuego. Representaban todo lo malo que había ocurrido a lo largo del año. Mi madre me había explicado que era un rito para purificar la mente, para afrontar el oscuro y frío invierno que estaba a punto de llegar. Algunos también arrojaban piedras marcadas al fuego. A la mañana siguiente debían buscarlas entre las cenizas de la hoguera. Si alguno no encontraba la suya, tendría el honor de ser el elegido para ser sacrificado a los dioses durante el próximo Lugnasad.

Encontré por fin el lugar adecuado. Un nutrido grupo de personas estaba discutiendo sobre algo y había dejado abandonada su comida y, lo más importante, su bebida. Encima de unos grandes tocones de madera localicé unas jarras y una enorme vasija rodeada

de vasos de forma acampanada. Me acerqué y comprobé que estaba llena de cerveza.

Ignoré las jarras y los vasos, abracé la vasija y la levanté con esfuerzo. Se me cayó un poco de cerveza sobre la cabeza. Estaba fría. Aguanté durante unos instantes el enfado que me embargó y después, ya más tranquila, me dirigí como pude a través de la gente hacia la zona del castro en la que me esperaba Timy.

—¡Geniaaaaaal! —exclamó este en cuanto me vio llegar.

El extraño hombrecillo daba pequeños saltos de alegría, primero con un pie y luego con el otro. Me arrebató la vasija, que era casi tan grande como él, y se dirigió a los bosques. Echó a andar por el sendero que se alejaba del castro en dirección a la costa, es decir, el contrario al que había tomado mi madre. Caminaba abrazado a la vasija, sin ver por dónde iba. La parte inferior de esta iba a un palmo del suelo, y la superior competía en altura con el extraño sombrero, pero, a pesar de eso, no tropezaba y parecía saber muy bien por dónde iba. Caminaba silbando, alegre y confiado.

La gran luna que había en el cielo iluminaba el camino. Troté tras Timy, dispuesta a hacerle todas las preguntas que se me agolpaban en la cabeza. Ya no tenía frío, pues había cogido mi capa de lana blanca. Me la había echado sobre los hombros y la había sujetado con la preciosa fíbula que me había hecho Eoghan.

—¿Por qué vamos por aquí? —pregunté—. Mi madre se fue hacia los bosques, no hacia la costa. ¿Cómo me vas a ayudar a encontrarla? ¿Para qué quieres la cerveza?

—La cerveza es para poder entrar en el *sidhe* de los mouros y poder pasar a Tír inna n-Óc. —Fue la única pregunta que respondió, entre alegres silbidos, eso sí.

—¿Qué es todo eso?

—Tír inna n-Óc es como le llamamos en mi tierra a lo que aquí llamáis el Otro Lado.

—Ah. Qué pasada —exclamé, pero mi curiosidad pronto se vio superada por mi preocupación—. ¿Y mi madre? —sollocé.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —se sorprendió. Acto seguido, se le iluminó la cara—. Aaaaaah, tu madre. ¿Dónde dices que fue?

—No lo sé...

—Pues estamos apañados —rio el hombrecillo.

Seguimos caminando y continué atosigando a Timy con preguntas y lloros. El camino avanzaba en dirección norte, siguiendo la línea de la costa. Tras mucho tiempo andando, agotada y resignada, guardé silencio y seguí a Timy con la esperanza de que acabase ayudándome.

La noche estaba avanzada y me encontraba muy cansada. Al cabo de un buen rato, nos internamos entre unos arbustos y salimos a una escarpada colina que acababa en un acantilado. Una *má-moa* dominaba su parte más elevada.

—¿Qué hacemos aquí?

—Vamos a visitar a un amigo mío.

Cuando llegamos a la elevación, vi un túnel que se adentraba en su interior, bloqueado por una enorme roca. Mi madre me había contado que esas construcciones enterradas ocultaban grandes tesoros y que se hallaban custodiadas por los primeros habitantes de estas tierras, unos espíritus subterráneos llamados mouros.

Casi como respuesta a mis pensamientos, la gran piedra que bloqueaba el túnel se deslizó a un lado y vi aquello que había estado deseando contemplar desde hacía años: una criatura del Otro Lado.

—¡Khan Kshur! ¡Amigo mío! ¡Aquí tengo tu cerveza! —gritó Timy.

—Aaaaaaah, *pequeno* trasno, la has conseguido. ¡Genial! —exclamó la criatura, con una voz profunda y retumbante. Sus ojos, muy abiertos, estaban clavados en la vasija. Se relamía. Su lengua, de color negro, humedeció sus labios e incluso sus poblados bigotes.

No podía estar más impresionada. Me daba cuenta de que lo estaba mirando con los ojos muy abiertos. Era una criatura mucho más alta que yo, de la estatura de los hombres de mi castro. Su piel era ligeramente rugosa, como la roca, y de un color muy oscuro, casi negro. Nunca había visto una barba tan larga, de un blanco que contrastaba mucho con su piel, además de tan cuidada y adornada.

Se había dado cuenta de que lo miraba.

—*Saúdos, rapaziña, quen ves sendo ti?* —dijo. Guardó silencio durante un instante y añadió— ¿Quién eres, bonita?

—Hola. Soy Hazel y busco a mi madre —respondí mientras notaba que las lágrimas acudían de nuevo a mis ojos.

—¿Qué? ¡Timy! ¿Qué le ha pasado a la *neniña*? —Se puso serio.

—No lo sé. Estaba buscando a su madre cuando la encontré. Puede estar en cualquier lado.

—¿Tu madre te dijo algo, pequeña? ¿Te dijo a dónde iba? ¿Le dijo algo a alguien? —me preguntó el oscuro ser, enseñándome las palmas de las manos para tranquilizarme.

—No. Solo dejó una flor, una flor que usamos para despedirnos. En la aldea nadie sabe nada. Estaban celebrando Samaín.

—Le podemos preguntar a *miña bisaboa*. Seguro que ella lo sabe —dijo Khan Ksur—. Ahora que este bribón ha cumplido su parte del trato, puede pasar a la mourindade. Y, si quiere, puede llevarte de acompañante.

—¿Qué es una «*miña bisaboa*»? —preguntó Timy.

—Mi bisabuela, canijo, eso es lo que significa.

—Ah.

Mientras ellos hablaban, recuperé un poco la esperanza. Me lancé sobre el hombrecillo vestido de verde.

—¡Timyyyy! ¿Puedo ir contigo? —Le agarré de la chaqueta.

—Claro, por mí encantado —me respondió con una sonrisa enorme y me dio golpecitos en las manos—. Suelta, no me la arrugues.

Khan Kshur comenzó a reírse a carcajadas. Levantó la vasija con ambas manos y tomó un largo trago de cerveza. Muy largo. Me sorprendí. La cerveza que se bebió hubiese bastado para emborrachar a un hombre adulto.

Bajó la vasija y eructó. Tenía el aspecto de alguien con muchísimo aguante, y no solo con la bebida. Parecía muy fuerte y resistente. Llevaba el pecho descubierto, y su barba caía en una larga trenza que le llegaba hasta el cinturón que ceñía su falda, de pequeños aros entrelazados de hierro y oro. Él también iba descalzo.

Timy comenzó a caminar hacia la entrada de la *mámoa*, pero, cuando estaba a punto de pasar por delante de Khan Kshur, este levantó el brazo derecho y, abriendo la mano, la colocó sobre el pecho del hombrecillo, lo que lo hizo detenerse en seco. La palma de la mano del mouro era tan grande como todo el pecho de Timy.

Este se quedó muy sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Una última cosa. Una pregunta. Por satisfacer mi curiosidad.

—Aaaah, genial. Pregunta —dijo el hombrecillo, recuperando la sonrisa.

—¿Qué eres, Timy?

—¿Yo? —Abrió mucho los ojos—. Yo soy un leprechaun, por supuesto.

—Eso creía. De la gente pequeña de la isla esmeralda, ¿eh?

—¡Sí! —Parecía que a Timy le encantaba acordarse de su isla natal, porque saltó, dio una voltereta en el aire y cayó de pie con los brazos extendidos, el sombrero en una mano y una enorme sonrisa en la cara—. ¡La isla más bonita de todos los mundos!

Lo único que estropeó su graciosa acrobacia fue que se le cayó al suelo el extraño objeto metálico que llevaba colgando del cinto en una funda de cuero. Era precioso, reluciente. No parecía de plata ni de hierro, sino de un metal intermedio. Tenía algo parecido a la empuñadura de una espada, aunque estaba curvada, y llevaba una fina protección de metal en la zona en la que estaría el dedo índice. En vez de seguir hacia arriba desde esa empuñadura, continuaba hacia el frente. Primero tenía una especie de rueda encajada en un cuerpo de metal y después continuaba en la forma de un tubo hueco. Todo ello estaba adornado con bellos grabados.

—¡Vaya! —dijo Timy, riendo. Recogió el objeto y lo enfundó con un rapidísimo movimiento.

—¡Que maravilla! —exclamó Khan Kshur—. ¿Qué es eso, Timy?

—Es mi PIPA. Te haría una demostración, pero me quedan muy pocas balas.

—¿PIPA? —El mouro parecía muy interesado.

—¿Eh? Ah, sí. Es un acrónimo. Significa Proyector Infalible de Projectiles Asombrosos. Se lo he puesto yo. ¿Te gusta?

—Me gustaría que me la enseñases.

—Bueno, pero no me la rompas con esas manazas, ¿eh? —Puso el extraño objeto en la palma de Khan Ksur.

Asistí entusiasmada a la escena. Había estado todo el tiempo creyendo que Timy era un hombre muy bajito y muy raro, o tal vez alguien que había padecido alguna enfermedad extraña. Pero no solo había conocido a una criatura feérica, sino a dos, y con una de ellas había vivido una pequeña aventura. En ese momento, mi curiosidad habló por mí.

—Y tú, Khan Kshur, ¿tú qué eres? —pregunté, con gran excitación.

—*Eu son un mouro, pequerrecha.* ¿Tus mayores no te han hablado de los mouros?

—¡Sí! ¡Sois los espíritus subterráneos guardianes de estas tierras! Sois los constructores de castros, dólmenes y *mámoas*. Y también guardáis tesoros increíbles.

Khan Ksur terminó un largo trago de cerveza y se echó a reír a carcajadas.

—¡Claro que sí, pequeña! ¡Tus mayores te han enseñado bien! ¡Seguidme!

Se echó la vasija al hombro y abrió la marcha hacia el interior del antiguo túmulo.